

INTELECTUALES Y PODER EN MÉXICO

Intellectuals and power in México

Pedro Ángel PALOU

Universidad de las Américas de Puebla

✉ pedro.palou@udlap.mx

BIBLID [1130-2887 (2007) 47, 77-85]

Fecha de recepción: junio del 2007

Fecha de aceptación y versión final: octubre del 2007

RESUMEN: El artículo comienza con un planteamiento teórico acerca de la figura del intelectual, de su posición dentro del tiempo histórico en el que vive y, específicamente, de su relación con el poder. A continuación se introduce en la particularidad del caso mexicano; para ello establece diversas etapas históricas y describe la situación y las características de los grupos o movimientos intelectuales sobresalientes en cada uno de esos períodos: la Colonia, la Independencia, el tiempo que media entre ésta y la restauración de la República, el Porfiriato, el México revolucionario, la postrevolución y la segunda mitad del siglo XX. El autor concluye con una reflexión acerca de las diversas posturas del poder frente a la cultura, y puntualiza la importancia de mantener vivo el ejercicio de la cultura como instrumento para resistir al poder.

Palabras clave: México, cultura, intelectuales, poder.

ABSTRACT: The article begins with a theoretical development about the intellectual figure, about his or her position within the historical time in which lives and, specially, about the relationship with power. Next, the particularities of the Mexican case are introduced. Different historical phases are established, the situation and characteristics of the most important intellectual's groups or movements in each period (Colony, Independence, period between the last and the Republic restoration, the Porfiriato, the revolutionary Mexico, the post-revolution and the second half of the Twentieth Century) are described. The author finalized with a thought about the diverse perspectives of power regarding culture and emphasized the importance of keeping alive the exercise of culture as an instrument for resisting power.

Key words: Mexico, culture, intellectuals, power.

I. INTRODUCCIÓN

La asociación entre los conceptos de «investigador», «intelectual» y «académico» entiende a cada uno de éstos como sujetos o personalidades de cambio entre ellos mismos; esta concepción suele ser objeto de debate permanente entre aquellos que defienden la compleja concepción del debate académico y quienes defienden el proceso de reflexión, prácticamente monacal, derivada de la búsqueda del conocimiento basada en la introspección y el aislamiento descrita gráficamente por Eco. La Iglesia medioeval y los sistemas de gobierno primigenios establecieron, primero acaparando y después solventando, con sus brillantes excepciones, el mecenazgo sobre la actividad intelectual, misma que definió el sistema de aprovechamiento de la producción intelectual. Lo anterior fundamentado en el principio, descrito por Marx, de la inteligencia como fruto de su espacio y de su tiempo, siendo el acto inteligente como la concientización de lo material; denominada ya por Antonio Labriola como la filosofía de la praxis. El sujeto y el objeto generando el saber que produce la transformación.

Para Gramsci, dentro de su idea del intelectual orgánico, éste protagoniza el tiempo histórico en el que vive, explicando su mundo por medio de la inteligencia y convirtiéndose –de acuerdo con Labastida– en el nombrado «intelectual político» cuya influencia en la élite que toma las decisiones, llámese democracia, orienta la interpretación del momento histórico.

La relación entre los intelectuales y el poder ha sido abordada en una alta cantidad de investigaciones; existen tantas definiciones como intelectuales sobre el espacio creador de la inteligencia; estas definiciones incluyen la definición sobre el perfil y posición de éstos frente al poder, siendo estas mismas enunciaciones la justificación del propio perfil y carrera. Ciertamente, la abducción por parte del poder presupone la generación de una crisis en éstos, que impacta directamente en su índice de credibilidad ante la supuesta libertad de creación y de crítica; de igual manera, la inserción del intelectual político en el Estado se justifica en base al compromiso ciudadano que aparece en torno a momentos históricos determinados por el propio devenir de su espacio o nación, recorriendo directamente uno de dos sentidos: la justificación del estado actual del poder o, por el contrario, el contribuir a la generación de una contrapropuesta frente al régimen vigente.

En México, país por antonomasia definido por sus contrastes y vaivenes históricos, la relación entre el poder y los intelectuales se ha definido por una amplia curva entre el rencor y la seducción, reflejada finalmente por lo que Jorge Volpi ha precisado como un matrimonio mal avenido que continúa en la diaria convivencia más por costumbre que por amor; precisamente en esta virulenta, recíproca y obsesiva correspondencia se hallan el cerebro y el corazón que la sustentan; analizando esta relación, se está en capacidad de integrar un panorama que facilite su comprensión.

II. LA COLONIA

Francisco Javier Clavijero constituye la primera insinuación del intelectual nacido ideológica y naturalmente por fuera de la Corona española. Nacido en la primera mitad del siglo XVIII, Clavijero se forma en el esquema religioso traído de Europa, complementando sus conocimientos de griego, latín y hebreo, con el conocimiento del náhuatl, del otomí y del mixteco; en desacuerdo con la enseñanza tradicional, escribe su *Diálogo entre Filateles y Paleófilo*, y en el literario, dedica sus esfuerzos a desterrar el rebuscado culteranismo de Góngora y Argote. Víctima de su tiempo, Clavijero es alcanzado por la expulsión de los jesuitas y llevado a Italia, donde escribirá *La Historia Antigua de México*, escrita en italiano y en la que se delinea y diferencia su perfil intelectual criollo. Asimismo, Andrés Cabo, Francisco Javier Alegre y Juan Luis Maneiro representan la rebelión ideológica criolla, o quizá ya mexicana, ante la deprimida Corona española; descontento que se reflejará en los trabajos de los jesuitas desalojados de los territorios de Carlos III. Precursores de la generación de Hidalgo y de Morelos, denotan el espíritu libertario de la Nueva España del siglo XIX.

III. LA INDEPENDENCIA

Lectores de Rousseau y Montesquieu, Hidalgo y Morelos, ambos caudillos de los primeros períodos de la lucha independentista, al igual que Michelena, Bustamante, Talamantes, Cos y Verdad —espléndidamente referenciados por H. Labastida—, constituyeron la confluencia e identidad entre intelectual y político en las diferentes etapas emancipadoras de México: en sus *Sentimientos de la Nación*, declaración impecable y enunciativamente brillante, José María Morelos no sólo reclama la justicia social como derecho del pueblo americano y deber del Estado, aunados a los conceptos de soberanía, igualdad y derecho; contextualiza las tesis fundamentales decantadas en *Del espíritu de las leyes*, en el *Contrato Social* y en la «Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano», y de igual manera perfila el ideario americano bolivariano, clarificando los intereses específicos de los nacientes grupos de poder criollos: la burguesía y el clero.

Al morir Morelos la lucha se estancará durante 6 años en las montañas de un Vicente Guerrero carente de ideario propio, resultando la mutación de la idea de una república libre en la enredada propuesta de la momentánea monarquía criolla encarnada por Iturbide. A partir de entonces el nuevo orden en el territorio confluirá en las manos de la conflictiva generación del XIX mexicano.

IV. DE LA INDEPENDENCIA A LA REPÚBLICA RESTAURADA

Asonadas, rebeliones, dictaduras, tres constituciones, siete Congresos constituyentes, asambleas, cuartelazos, dos imperios, dos modelos de república, dos intervenciones extranjeras, Santa Anna y Gómez Farías, Apatzingan y la Acordada, la Iglesia y el

Ejército, yorkinos y escoceses, el territorio partido y perdido por mitad, los polkos y el batallón de San Patricio, liberales y conservadores, Miramón y Comonfort, Alamán y Lerdo, Ocampo e Iglesias y Juárez; éstos fueron los protagonistas del caótico espacio temporal entre el 1821 de la estrenada libertad y el 1867 de la llegada de Maximiliano de Habsburgo. Cuarenta y seis años de constantes cambios y guerras –intestinas y externas– entre proyectos de nación disímbolos y similares; disputándose la dirección política del país a favor de sus propios intereses; desencadenando el caos dentro de la vida pública, ejemplificando la sociedad civil que Hegel definió como el campo de batalla del interés privado individual, donde cada uno es para sí su único fin.

En este espacio, la intelectualidad se definió en dos bandos genéricos: los conservadores y los liberales. De los primeros, Lucas Alamán personalizó la idea de la preservación específica de los valores y fueros heredados del colonialismo, resaltando la noción política de la elección divina de los dirigentes de las naciones; mientras que, por otro lado, el liberalismo progresista inspirado en la Revolución Francesa y modelado por los norteamericanos implicaba el establecimiento del modelo de la república proclamada por la Ilustración y la redistribución económica de los bienes del capital; ambas ideas retomadas en su esencia por las constituciones de 1857 y, posteriormente, la de 1917.

Los liberales de la Reforma que plantearían la Constitución de 1857 pertenecían a una élite intelectual que planteaba la desamortización de los poderes económicos y civiles del clero, pugnando por un mercado de libre circulación; a ello y a la radicalización de las posiciones originada por la pérdida del territorio norteamericano en la guerra de 1847, se debieron el conflicto que desencadenó la guerra civil llamada «de Reforma» y el posterior ofrecimiento por una delegación encabezada por José María Gutiérrez Estrada de la Corona de México a Maximiliano; este último culminaría, después del abandono de Francia a la aventura austriaca, con el fusilamiento de Maximiliano y el advenimiento del régimen porfirista.

V. EL PORFIRIATO

Porfirio Díaz, el caudillo de la guerra de intervención a la muerte de Juárez, inició el establecimiento de un régimen de control y pacificación del país, estableciendo un mandato de tres décadas que sería definido ejemplarmente como el de la «paz porfiriana»; durante este período, la élite intelectual se situó en el denominado «partido científico», un grupo cercano al control financiero encabezado por José Ives Limantour. Los Científicos se convertirían en los grandes teóricos del régimen del general Díaz, atrayendo la inversión y la influencia ideológica europea (particularmente la francesa) hacia el país. Los Científicos adoptaron como política el positivismo evolucionista de Comte y Spencer, mientras que en el espacio económico se definieron cercanos a las teorías de Adam Smith; finalmente, hombres como Pablo Macedo, Rosendo Pineda, Justo Sierra, Ramón Corral y Olegario Molina constituyeron la hegemonía y la superioridad de clase como fundamento de la construcción

del modelo dictatorial encabezado por Díaz, y que marcaría la historia de México en el siglo XX.

VI. MÉXICO REVOLUCIONARIO

Durante el siglo XX se presentan contrastantes cambios sociales, políticos y económicos. En esta época es posible distinguir la totalidad de los diversos períodos de cambio político propios de los esquemas de gobierno contemporáneos, a partir del proceso revolucionario en contra del régimen de Díaz y hasta el proceso republicano y democrático de finales del siglo, pasando por un complejo proceso de cambio que incluye la concepción, refinamiento y derrumbe de un sistema político unipartidista y hereditario.

De acuerdo a la filosofía positivista de Comte, al llegar al siglo XIX se arribó a la última etapa que debían recorrer las sociedades humanas para actuar conforme a los dictados de la razón científica. Éste era el estado positivo, en el que la sociedad se convertía en su propio Dios, con lo que llega a su fin la historia humana, toda vez que prácticamente todo está hecho y lo que falta se alcanzará a través de la ciencia; la doctrina positivista fortalecía la posición de los grupos dominantes de la economía y del gobierno, en la medida que procuraba el mantenimiento del *statu quo* prevaleciente. Esta postura venía del año 1869, cuando Gabino Barreda introdujo la doctrina positivista en México, a raíz de la reforma educativa impulsada por el presidente Juárez.

Como parte de la oposición al régimen dictatorial de principios del siglo XX, un grupo de estudiantes iniciaron un ejercicio crítico del positivismo en el cual habían sido educados; ese grupo, llamado «El Ateneo de la Juventud», llegó a contar con más de 60 miembros, entre los que destaca el grupo de José Vasconcelos, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes; asimismo como miembros del Ateneo destacaron Martín Luis Guzmán, Julio Torri, Ricardo Gómez Robledo, Jesús T. Acevedo, Enrique González Martínez, Manuel M. Ponce y Diego Rivera. Este grupo generacional accedió a autores proscritos en el tiempo como Nietzsche, Bergson, Boutroux, James y Croce, entre otros, siendo éste el espacio donde se generó el inicio del proceso intelectual del México contemporáneo.

Con el advenimiento de la generación del Ateneo, la destrucción del positivismo encarnado por los Científicos y la caída del liberalismo ante la inconformidad social, se presentan las condiciones para la conformación de una ley fundamental para el país que implicase un balance entre los sistemas económicos provenientes del siglo XIX con la noción de redistribución de la riqueza en todos sus órdenes que fue la bandera popular de la lucha de 1910. Con la inclusión de los artículos 3.º, 27.º y 123.º se establecieron como ley los principios revolucionarios. Los caudillos militares de la revolución, a excepción de Venustiano Carranza, Luis Cabrera y Palavicini, que pertenecían a la burguesía, generaron su ideología y principios de lucha en base a sus necesidades y carencias, siendo influenciados de manera ambigua por la intelectualidad revolucionaria.

En el caso de los movimientos revolucionarios de carácter más popular, el villismo y el zapatismo, se puede señalar la concepción de sus doctrinas por parte de sus caudillos. Indirectamente, Otilio Montaña, Paulino Martínez, Antonio Soto y Gama y Ricardo Flores Magón tuvieron presencia en el movimiento zapatista; de la misma forma que Martín Luis Guzmán y Vasconcelos tuvieron cercanía, mas no ascendiente, en la conformación ideológica del villismo. Venustiano Carranza, sin embargo, sí contó con la aportación de la ideología agraria de Luis Cabrera.

A la muerte de Carranza (en buena medida signada por el hecho de haber detenido la reforma agraria), la dupla de Plutarco E. Calles y Álvaro Obregón signó un acercamiento a las políticas de izquierda, iniciando un giro hacia el corporativismo sindicalista y la represión religiosa; sin embargo, ante el asesinato de Obregón, Calles optará por institucionalizar el caudillaje, estableciendo en 1929 el sistema de partido de Estado que sobreviviría por siete décadas. Así, tanto José Vasconcelos como Martín Luis Guzmán ejemplifican en su destino el cruento proceso histórico de la postrevolución: Vasconcelos, tentado por su brillante paso como rector de la universidad y Ministro de Educación de Obregón, se permite desear el poder y lanzarse en campaña presidencial, resultando entonces avasallado por la maquinaria institucional creada por Calles. Luis Guzmán, por el contrario, reprochará el caudillismo y se alineará con la institución priísta hasta el final de su vida.

Así, la relación entre los que detentan el poder y los intelectuales fue el campo idóneo para el surgimiento de complejos planteamientos sobre la posición de los intelectuales y de su convivencia con el Estado. Al término del Porfiriato, y de la consecuente lucha entre los protagonistas de la triunfante Revolución –que algunos autores como H. W. Tobler extienden hasta 1938– aparece entre la clase intelectual la disposición a involucrarse en la administración de la revolución institucionalizada por Calles, integrándose al servicio público principalmente en los ámbitos artístico, cultural y educativo. Conforme el régimen priísta adoptó su personalidad autoritaria, según la cual la convivencia con el Estado sólo podía realizarse a partir de una refutación moral: o se es intelectual o se juega a la cómoda simulación.

VII. LA POSTREVOLUCIÓN

Intelectuales como Daniel Cosío Villegas, desengañados de su paso por su relación con el servicio público, reiniciaron su quehacer intelectual, a veces haciéndose simplemente a un lado, o bien estableciéndose en la trinchera de la crítica, o bien optaron por la lucha política militante: de este corte destacan los miembros de la «Generación 1915» Manuel Gómez Morín, fundador del Partido Acción Nacional, y Vicente Lombardo Toledano, baluarte de la izquierda mexicana de la primera mitad del siglo XX y fundador y miembro de diversas organizaciones de corte socialista; ambos, Gómez Morín y Lombardo Toledano, ideólogos fundacionales de sus opuestas corrientes políticas.

Por otra parte, dentro de la propuesta literaria de este tiempo histórico se marca la aparición del grupo de «los Contemporáneos», una espléndida generación de

escritores conocidos así por la revista publicada entre 1928 y 1931 y que es una publicación que representa un punto de partida de este período intelectual de México. Entre sus miembros estuvieron Xavier Villaurrutia, Jaime Torres Bodet y Bernardo Ortiz de Montellano (estos últimos, directores de la publicación), José Gorostiza, Gilberto Owen, Salvador Novo y Jorge Cuesta. Poetas como Carlos Pellicer y Elías Nandino, aunque no formaron parte del grupo, pertenecieron a la misma generación y, eventualmente, colaboraron en las mismas publicaciones –antes de «Contemporáneos», este grupo de escritores habían coincidido en la publicación de sus primeros textos en revistas como *Gladios*, *Pegaso* y *San-Ev-Ank*. Una de las características que compartieron fue la de incorporar a la literatura mexicana los cambios estilísticos de poetas europeos vanguardistas como: Gide, Apollinaire, Luigi Pirandello, T. S. Eliot y Proust.

VIII. LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

A la generación contemporánea le sucederán dos brillantes patrones de la segunda mitad del siglo XX: Octavio Paz y José Revueltas, ambos con una formación cercana a la izquierda. Con el tiempo sus destinos se bifurcarían como un patrón de su propio tiempo: Revueltas, activista y teórico político, abrazará a la izquierda abanderando a la «generación contestataria del 68»; Paz, por su parte, mantendrá una crítica permanente ante los sistemas autócratas absolutos instaurados bajo la máscara del populismo y la falsa izquierda. Al acontecer el suceso axial de Tlaltelolco, Paz –sin distanciarse por completo del régimen, mas no del sistema– optó por denunciar públicamente el hecho y renunciar al cargo diplomático que ostentaba; asimismo Revueltas, impulsor y protagonista del hecho, enfrentó la reacción gubernamental expiando la legendaria prisión política de Lecumberri.

La revolución socialista en Cuba, la Guerra Fría y la matanza de estudiantes en Tlaltelolco rubricaron la trayectoria de la generación intelectual del medio siglo mexicano: Elena Poniatowska, Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Gabriel Zaid, Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco; la llamada «generación del 68» divergió entre la incorporación o apoyo a los proyectos de Estado y la crítica al sistema. Esta última trinchera, enriquecida ante la debacle del unipartidismo en 1988 y 1994, fue minada durante el sexenio de Carlos Salinas con la creación del organismo rector de las políticas culturales del Estado: el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; éste, y su consecuente oferta de becas y apoyos a la creación artística, significaron por una parte el arbitrario crecimiento de la veta cultural: artistas e intelectuales aparecieron en forma de una camada que sobrepasó la capacidad del mercado artístico –por sí mismo la enunciación de «industria cultural» neoliberal encarnada por el salinato– y amarraron la crítica de la base intelectual hacia el régimen de Estado, mientras que los miembros de la cúspide de la «generación del 68» adoptaron las posiciones del compromiso profundo que mantuvo desde su origen. Esta situación se mantuvo hasta el referente año de 1994, cuando el levantamiento zapatista y el –impensable hasta entonces– asesinato del candidato del PRI a la presidencia exhibieron la decadencia del gobierno de un solo partido. En este

escenario se desató una constante crítica al sistema por parte de la base intelectual, renaciendo el fanatismo por la izquierda que ejemplificó el líder visible de la guerrilla chiapaneca –por sí mismo definido como intelectual/guerrillero–.

El poder siempre ha sustentado tres posturas frente a la cultura. La primera, la fascista, es la de amenaza: dado que la cultura produce pensamiento, y el pensamiento cuestiona el poder, la cultura debe ser censurada, destruida, manipulada. La segunda, la marxista-gramsciana, sostiene que el intelectual es esencial para la construcción del consenso hegemónico y no existe sistema de poder sin cultura. Esa postura es un arma de dos filos: permite la existencia libre y creativa de la cultura, pero vive siempre la tentación de lo orgánico. Por eso, la rica vanguardia soviética de Maiakovski y Asia Lacis desembocó en el realismo socialista. La tercera, la neoliberal, entiende la cultura como industria cultural y todo aquello que sale del argumento económico como superfluo. Ésta es la más predominante en el mundo de nuestros días, desde la UNESCO hasta los ministerios de Cultura. En el nombre de la libertad intelectual, debe ser resistida.

Ante la complejidad de la relación entre los intelectuales y de su posición ante el Estado de la revolución institucional, este último conformó un sistema de privilegios para la intelectualidad, fundamentando su oferta en base a la disyuntiva de la promoción y permanencia en el medio –apoyada por el propio Estado mediante becas y cargos– o bien mantener su independencia con riesgo de ser condenados al olvido. La mayoría de los intelectuales optaron por la propia definición de su rol en esta sociedad de convivencia, señalando el quehacer intelectual sin confrontar su particular enfoque político.

La cultura es uno de los últimos lenguajes que permiten resistir al poder. Mantener ese lenguaje vivo es fundamental para toda democracia. Debemos ejercer la cultura en todas sus variantes funcionando como conciencia del poder, como espacio de creatividad, como forma de libertad y flujo ante los «estriamientos» del poder. Es nuestra única oportunidad de supervivencia.

IX. BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, José Antonio y ROJAS, Rafael (coords.). *El Republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de Historia Intelectual y Política*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- AÍNSA, Fernando. *Espacios de encuentro y mediación. Sociedad civil, democracia y utopía en América Latina*. Montevideo: Nordan, 2004.
- BOLÍVAR MEZA, Rosendo. *Los intelectuales y el poder*. México: IPN, 2002.
- BOURRICAUD, François. *Los intelectuales y las pasiones democráticas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.
- CANSINO, César. El ágora secuestrada: intelectuales y poder en México. *Metapolítica*, 2005, n.º 24-25: 4-7.
- COCKCROFT, James. *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*. México: Siglo XXI, 2002.
- GARCÍA CANTÚ, Gastón y CAREAGA, Gabriel. *Los intelectuales y el poder*. México: Mortíz, 1993.
- GRAMSCI, Antonio. *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1972.

- LABASTIDA MUÑOZ, Horacio. Élités intelectuales en la historia de México. *Anuario Mexicano de Historia del Derecho*, 1995, vol. VII: 73-92.
- LÓPEZ MIJARES, Antonio. Intelectuales y política en México: Reflexiones a partir de una revisión bibliográfica. *Debate*, 2006, n.º 15. En <http://debate.iteso.mx/Numero15/Articulos/INTELECTUALES.htm>.
- MARSAL, Juan F. y ROJAS, Rafael. *Los intelectuales políticos*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1971.
- O'GORMAN, Edmundo. *La supervivencia política novohispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*. México: Universidad Iberoamericana, 1986.
- ROURA, Víctor. *Codicia e intelectualidad*. México: Lectorum, 2004.
- VOLPI, Jorge. El fin de la Conjura. *Letras Libres*, 2002, n.º 22: 56-60.